

Las buenas formas

Diario. En 'Contentamiento de haber nacido', que reúne apuntes diarísticos escritos entre 2016 y 2019 predomina el narrador que se asombra ante la inagotable maravilla de lo cotidiano

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN



Decía Ortega que las ideas se tienen y en las creencias se está. Por eso entre ideas distintas puede haber debate, pero entre creencias diferentes solo cabe el respeto mutuo o la confrontación. Enrique García-Máiquez es, por un lado, en conferencias y artículos periodísticos, uno de los más diligentes e inteligentes ideólogos del conservadurismo español, del integrismo religioso, y por otro uno de los más destacados escritores contemporáneos. La convivencia de las dos facetas no resulta fácil. Como poeta, como prosista recurrente y certero, se dirige a todos; como político y como activo militante de una determinada fe religiosa, solo a una facción.

En 'Contentamiento de haber nacido', que reúne apuntes diarísticos escritos entre 2016 y 2019 predomina el escritor que se asombra ante la inagotable maravilla de lo cotidiano y al que a menudo le basta un haiku (o una tanka) para dejar constancia de ese asombro. Con esos breves poemas, que tienen a la luna muy a menudo como protagonista, y el marco en prosa que los acompaña y que sitúa su origen en una situación concreta, podía formarse un libro en la estela de las Sendas de Oku, aunque esas sendas sean la autovía del Sur, la AT4, tan frecuentemente mencionada, o los viajes en tren. Pero junto a esas síntesis líricas hay otro libro en este libro: una crónica familiar que tiene escasos parangones en las letras españolas. Buena parte de estas páginas glosan la ocurrencia de los hijos de autor, esas genialidades infantiles que tanta gracia hacen a padres y abuelos, pero que aburren un poco a los amigos y conocidos. Enrique García-Máiquez consigue el milagro de convertirlas

en perdurable literatura. Y de no cansarnos tampoco con las burlas y veras del perfecto amor conyugal. Le ayuda a ello el no tomarse a sí mismo demasiado en serio: la auto ironía es un arte que domina a la perfección. A la crónica familiar, se añaden las incidencias de su trabajo como profesor de enseñanzas medias. Un buen ejemplo de ellas: 'Estar en la honda', con su característico juego de palabras ya en el título.

Costumbrismo y humor no es mala mezcla. Enrique García-Máiquez la maneja con una gracia muy gaditana, que a ratos nos recuerda a un autor un tanto denostado, aunque casi nunca por motivos literarios, José María Pemán. Un diario tiene mucho de miscelánea en la que cabe todo. El de García-Máiquez es, fundamentalmente un diario íntimo, pero de vez en cuando se permite algunas escapadas al margen de la familia y la vida laboral: hay un perfil biográfico de Jane Austen; una estancia en Inglaterra para asistir a un curso de Roger Scruton, el gran maestro del pensamiento reaccionario; la participación en una feria del libro en Sevilla; una reunión con escritores en el palacio real con motivo del

premio Cervantes; la respuesta a varios cuestionarios, una entrevista y un encuentro con José Jiménez Lozano, otro de sus admirados maestros.

Los diarios están a medio camino entre el documento y la literatura. Enrique García-Máiquez ha querido poner como título general de los suyos un muy citado verso de Antonio Machado: «También la verdad se inventa». Lo cual no quiere decir que sus diarios recreen imaginariamente la realidad, sino que encuentra su verdad al recrearla en la literatura. Porque literatura son, y no borradores ocasionales, estas notas. El he-

cho de que junto a la fecha (de la que muchos diaristas prescindían, olvidando que la cronología es la columna vertebral del diario) figure siempre un título señala la voluntad del autor de dotar de autonomía al más mínimo de sus textos, al que nada le falta ni le sobra en una lectura independiente. Frente a la escritura descuidada y desaseada de tantos diaristas, García-Máiquez se nos presenta siempre bien peinado o elegantemente despeinado, según la ocasión, pero sin olvidarse nunca de los buenos modales literarios.

No es esta una obra para el enfrentamiento político ni para el proselitismo religioso, pero acá y allá el escritor para todos los públicos, para la inmensa minoría juanramoniana, deja asomar su perfil confesional. La toma de partido viene ya desde la elección del prologuista, Kike Méndez-Monasterio (quien no le conozca, mejor que no busque su nombre en google para que no se quiten las ganas de seguir leyendo). Pero no siempre es buen defensor de sus causas no literarias. Justifica sus felices recuerdos de la educación diferenciada con una anécdota que todavía le hace sonreír y que «en un colegio con chicas no se habría

producido jamás»: los alumnos, comenzando por los más pequeños, se organizan en «legiones, centurias y decurias» para organizar batallas durante el recreo: «Con la emoción, se produjo una escalada en las hostilidades y una carrera armamentística. Algunos comenzaron a meter piedras en sus jerseys; otros, a tirarlas con tino; otros, a blandir palos...».

¡Menuda manera de defender la separación de sexos en la enseñanza! Las ideas se tienen, en las creencias se está: no nos parecen construcciones culturales, sino la realidad misma. Podemos discrepar de las ideas políticas de Enrique García-Máiquez, como su rechazo a los impuestos o a las limitaciones en el uso del tabaco o del alcohol y de todo lo que considera «políticamente correcto», pero no de sus catequísticas teologías. Lo absurdo de algunas de sus evidencias nos ayuda a poner en cuestión las nuestras, algunas de las cuales quizá tampoco resisten un análisis racional. En una obra de esta naturaleza, recopilación de anotaciones hechas a lo largo de los años, no molestan las repeticiones, que sirven para marcar el ritmo y poner de relieve las obsesiones del autor. Puede servir de ejemplo la milonga argentina que encontramos tres o cuatro veces: «Mi caballo es andaluz, / de los que trajo Mendoza, / que no tiene miedo al tigre / pero tiembla ante la rosa». Nacionalista, integrista, crítico de la modernidad: todo eso es Enrique García-Máiquez. Al lector «que no le tenga miedo al tigre, / pero tiembla ante la rosa», tal hecho no le debe impedir disfrutar de su literatura, de la levedad y la gracia con la que nos habla de los enigmas del vivir humano, de la inagotable variedad de su pequeño mundo, de la alegría como suprema sabiduría.



CAÍDAS

SANTIAGO ALBA RICO
Editorial: Visor poesía
114 páginas. 14 euros

Este libro de Santiago Alba Rico puede definirse desde la biografía de su autor, que dice que es hijo de Lola Rico, presentadora y creadora

del recordado programa de televisión 'La bola de cristal'. De hecho el lector puede comenzar por el final del libro y leer esa extensa y estremecedora mezcla de narración y poema en prosa que titula 'Última caída. Mi madre está viajando en el Titanic', donde cuenta la enfermedad y los últimos días de su madre. Resulta curioso empezar por el final, pero seguro que el lector ganará en intensidad de aproximación. Desde el comienzo, en cambio, el poemario se desarrolla en torno al concepto de caída. Todos los títulos aluden a él. Siempre una caída en el corazón del poema, como motor de creación del texto poético, pero también se produce un contraste entre la unidad en el título y la diferencia en el discurso de algunos poemas. **JON KORTAZAR**

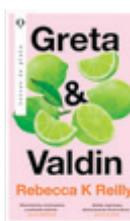


DEL PENSAR HISPANO. FILOSOFÍA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XX Y XXI

AGAPITO MAESTRE
Editorial: Almuzara. 250 páginas. 21,95 euros

Maestre se propone rebatir el tópico de que España es una nación

con escasos pensadores. Los tuvo siempre, hasta hoy, aunque los filósofos de nuestro país prefieran fórmulas literarias en vez las clásicas del género para expresar sus ideas. Así lo defiende el autor, incluso hiperbólicamente, añadiendo que la filosofía española se distingue por su afición a los planteamientos políticos. No oculta los suyos el ensayista, tan opuesto a las proclamas de «la memoria histórica», a la vez que va mostrando las tesis claves de nuestros grandes maestros (Unumuno y Ortega), así como las de una pléyade de varias generaciones de discípulos del último (el primero fue «especie única»), con especial atención a los del «primer exilio» (1936). Un índice onomástico permite localizar las páginas que les dedica.

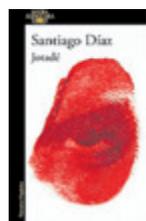


GRETA & VALDIN

REBECCA K. REILLY
Editorial: Letras de Pata. 352 páginas. 18,20 euros

Greta y Valdin son dos hermanos de veintipico años con un apellido impronunciable, una extensísima familia

con raíces maories, rusas y catalanas, y un gusto bastante cuestionable en lo que a parejas se refiere. Valdin parece incapaz de olvidar a su exnovio, que se ha ido del país. Greta, por su parte, tiene un crush no correspondido con una compañera de trabajo, Holly, que es profesora de inglés y se aprovecha de ella para que le haga tareas administrativas. Sin embargo, aún hay esperanza para este par de hermanos enamoradizos. Al menos, se tienen el uno al otro para sobrevivir. Entre las citas que salen mal, las disputas familiares y las noches de karaoke vergonzosas, Greta & Valdin narra una historia novedosa, conmovedora y desternillante sobre las vicisitudes del amor en todas sus formas.



JOTADÉ

SANTIAGO DÍAZ JOTADÉ
Editorial: Alfaguara
392 páginas. 19,85 euros

'Jotadé' es un gitano en la Policía es una suerte de oximoron. Demasiado payo para sus primos, carga también con los prejuicios de sus propios compañeros. Siempre al borde de la ley y vapseado hasta la extenuación, pero con una intuición proverbial que lo eleva sobre los demás agentes y una facilidad innata para reconstruirse a partir de sus cenizas. Valiente, honesto a su particular manera, leal por encima de todo. Es también la última incorporación del universo Indira, con quien Santiago Díaz nos mantuvo al borde del infarto no hace tanto tiempo. En esta ocasión, los buenos son zarandeados sin piedad por una ola de acontecimientos que se desata cuando un ajuste de cuentas entre narcos provoca la muerte accidental de la hija de un comisario. Lo que unos y otros estarán dispuestos a hacer para echarles el lazo es la miga de este thriller que uno se merienda en un fin de semana de lluvia. **SERGIO GARCÍA**

Un Juan Manuel de Prada dostoyevskiano

Desmesura. En esta segunda parte de su biología, el escritor vuelve al París ocupado donde reinan la escasez y la represión

IÑAKI
EZKERRA



Desde hace un tiempo el tema de la Guerra Civil española y el de su inmediata consecuencia, la posguerra, están recibiendo un nuevo enfoque por parte de varios novelistas de nuestro país. Este consiste en presentarnos a un tipo de protagonista amoral y aideológico que carece de convicciones políticas o está dispuesto a saltárselas si alguna vez las tuvo. No es muy difícil ver en esa coincidencia de planteamiento, en la que convergen —como digo— varios de nuestros narradores, la sana reacción contra el adoctrinamiento ideológico del que adoleció de forma masiva el tratamiento de ese tema en nuestra novela. Como ilustrativos ejemplos de esa reacción pueden citarse dos genuinos personajes de Arturo Pérez-Reverte: el espía sin escrúpulos de la serie Falcó, que trabajaba en plena contienda del 36 para el bando franquista, y el marino mercante marcado por un nihilismo más ético que el de aquel y al que ese mismo bando le encargaba una misión secreta en ‘La isla de la mujer dormida’. Nada distante de ese patrón de héroe antiheroico y carente de ideología lo tenemos en Benjamín Buenaventura, el prófugo que nos presenta Andrés Trapiello en ‘Me piden que regrese’ y que se convierte en Benjamin Smith para, en efecto, regresar a España en 1945 con una misión de la inteli-



MIL OJOS ESCONDE LA NOCHE
JUAN MANUEL DE PRADA

Ed.: Espasa. 800 páginas. Precio: 24,90 euros (ebook, 10,99)

gencia norteamericana. Y, en esta particular nómina, no podía faltar, naturalmente, Fernando Navales, el infame periodista y picaresco que Juan Manuel de Prada rescató de la España bohemia de ‘Las máscaras del héroe’ para trasladarlo al escenario del París ocupado por los nazis en ‘La ciudad sin luz’, primera entrega de ‘Mil ojos esconde la noche’, y que ahora reaparece en la segunda con nuevos bríos de narrador si bien con el ánimo un tanto alicaído por la prolongación de la II Guerra Mundial.

‘Cárcel de tinieblas’ es un texto que, en su desmesura de páginas (848 exactamente), personajes, historias y situaciones cimentadas sobre un amplio trabajo de documentación, posee un aspecto troncal que lo hace en apariencia contradictorio. Pese al perfil falto de ética de Navales y a la ab-

yección que rige en cualquier escenario de guerra, estamos ante una novela profundamente moral, lo cual no sorprende tratándose de un escritor declaradamente cristiano en su sentido más militante.

Si de Navales solo había conocido el lector un discurso rabioso que lo emparentaba con el ‘subsuelo’ dostoyevskiano, ahora va a encontrarse con una nueva versión del personaje: el hombre que busca, aunque de manera oscura y zigzagueante, una senda de redención que curiosamente nos vuelve a remitir a Dostoyevski. No al del resentimiento sino al del recordamiento y al de la célebre cita: «Dios y el diablo están luchando y el campo de batalla es el corazón del hombre». De este modo, no hay contradicción en el texto, sino una ‘dialéctica moralista’, que lo pautó de manera recurrente, sistemática, a través de un abundante simbolismo religioso, y que queda explicitada en las dos líneas con las que se abre la primera página: «¿Tú crees que se puede dejar de ser malo, si uno se lo propone?, pregunté a Ana María Sagi».

La relación entre esos dos personajes, que ya era efectiva en la primera entrega de la biología, adquiere en esta segunda una mayor intensidad no exenta de tensión por las diferencias que los separan y a la vez los unen actuando como acicate. Ana María Sagi



Juan Manuel de Prada maneja una inmensa galería de personajes. J. COTERA

es una mujer comprometida con un alto sentido de la Justicia y con la causa feminista. Ella y César González Ruano, a quien su incorregible temeridad le lleva a protagonizar un dramático episodio de arresto, constituyen en el libro las referencias más sólidas con las que cuenta Navales en esa aventura interior hacia la propia conciencia que le creará verdaderos momentos de crisis rayanos en el desvarío.

Como en ‘La ciudad sin luz’, desfila por estas páginas una inmensa galería de personajes que hacen acuse de recibo del deterioro al que los somete la escasez y la represión que dictan la vida coti-

diana durante esas fechas en la ciudad del Sena (la persecución a los judíos, a los exiliados, a los resistentes...) hasta convertirla en la prisión física y psicológica a la que hace alusión el título de la obra. Mención especial merecen el caso del psicópata Marcel Peitot, un médico que estafaba y asesinaba a quienes se ponían en sus manos para huir de la ciudad tomada, o el palacete de la avenida Marceau que hoy es sede del Instituto Cervantes, pero que en aquellas fechas sirvió de cuartel general a la Delegación de Falange y que ha cobrado una inesperada actualidad en la prensa de nuestros días.

Lectores en el fin del mundo

ÁNGEL MANUEL SILVA RUIZ

Hoy no vamos a hablar únicamente de Cercas ni de su best seller, El loco de Dios en el fin del mundo. Hoy, con tu permiso, vamos a hablar de ti, lector, lectora, que contabas los días para acercarte a tu librería de referencia y encerrarte a solas en el Vaticano con el papa y poder viajar hasta Mongolia.

Lector intrépido y analítico capaz de formular y formularse preguntas y de recorrer con una mirada prospectiva, dispuesta a proponer con humildad nuevos caminos, las casi quinientas páginas que atesora entre sus manos, porque sabe que solo desde una mirada

humilde se pueden emprender nuevos caminos, como lo hiciera Bergoglio con la Iglesia o el propio Cercas con su última entrega.

Y hablamos de ti porque esta novela va de un lector que, siendo un niño, preguntaba curioso, mientras escuchaba con atención una historia en boca de una mujer joven, su madre, Blanca Mena Martínez. Un niño que mamó los hábitos de vida de su familia tradicional católica extremaña; un niño desterrado en un entorno social, a menudo, hostil, y que apostató de todo y de todos, tras una experiencia amorosa truncada en su pueblo, en el fin del mundo, a los catorce años, y de la que necesitó, para escapar, conver-



EL LOCO DE DIOS
EN EL FIN DEL MUNDO
JAVIER CERCAS

Editorial: Random House. 488 páginas. 22,70 euros

tirse en un lector renovado y perdido —tal y como se encontraba su país por aquel entonces— que devoraba a pecho descubierto la obra metafísica completa de Unamuno, comenzando por aquel don Manuel Bueno, un cura sencillo que, según

contaban por Valverde de Lucerna, llegó a ser mártir.

La mezcla de esos dos lectores, la del niño confiado que pregunta y la del adolescente dubitativo que inicia un itinerario desconocido, confluye en la estética de este narrador adulto, pertinaz, por un lado, en su pregunta, tambaleante, por otro, cuando se acerca a la figura del religioso, especialmente a través de los misioneros, hasta sentirla muy próxima. Ese narrador seguro, carente de referencias dogmáticas, pero, a la vez, atónito, aturrido y desubicado, que recurre en su crónica a los géneros más diversos, deambula por las páginas del libro como si, a ratos, tratara de reescribirse a sí mismo —cómo no, para su madre, su primera y principal lectora— desde otra perspectiva donde se reencuentra, quizá, en otro fin del mundo, con aquel

niño y aquel adolescente que un día quiso colgarse del cimborrio de la catedral de Girona, y que ahora, con ese descaro que incluye un sesgo de rebeldía, conversa durante el viaje con el papa Francisco y se atreve a preguntarle, con esa ingenuidad tan infantil, si su madre, viuda y creyente, podrá ver a su marido en el más allá, para llevarle a ella la respuesta del santo padre como un aval irrefutable.

El pasado mes de diciembre falleció Blanca Mena Martínez.

¿Quién sabe? A lo mejor, en este momento, los padres de Cercas y Bergoglio están charlando sobre aquel niño lector en compañía de Vargas Llosa que, posiblemente, intenta elucubrar, incorregible, conexiones eruditas entre El loco de Dios en el fin del mundo y La guerra del fin del mundo que nos legara el Premio Nobel.